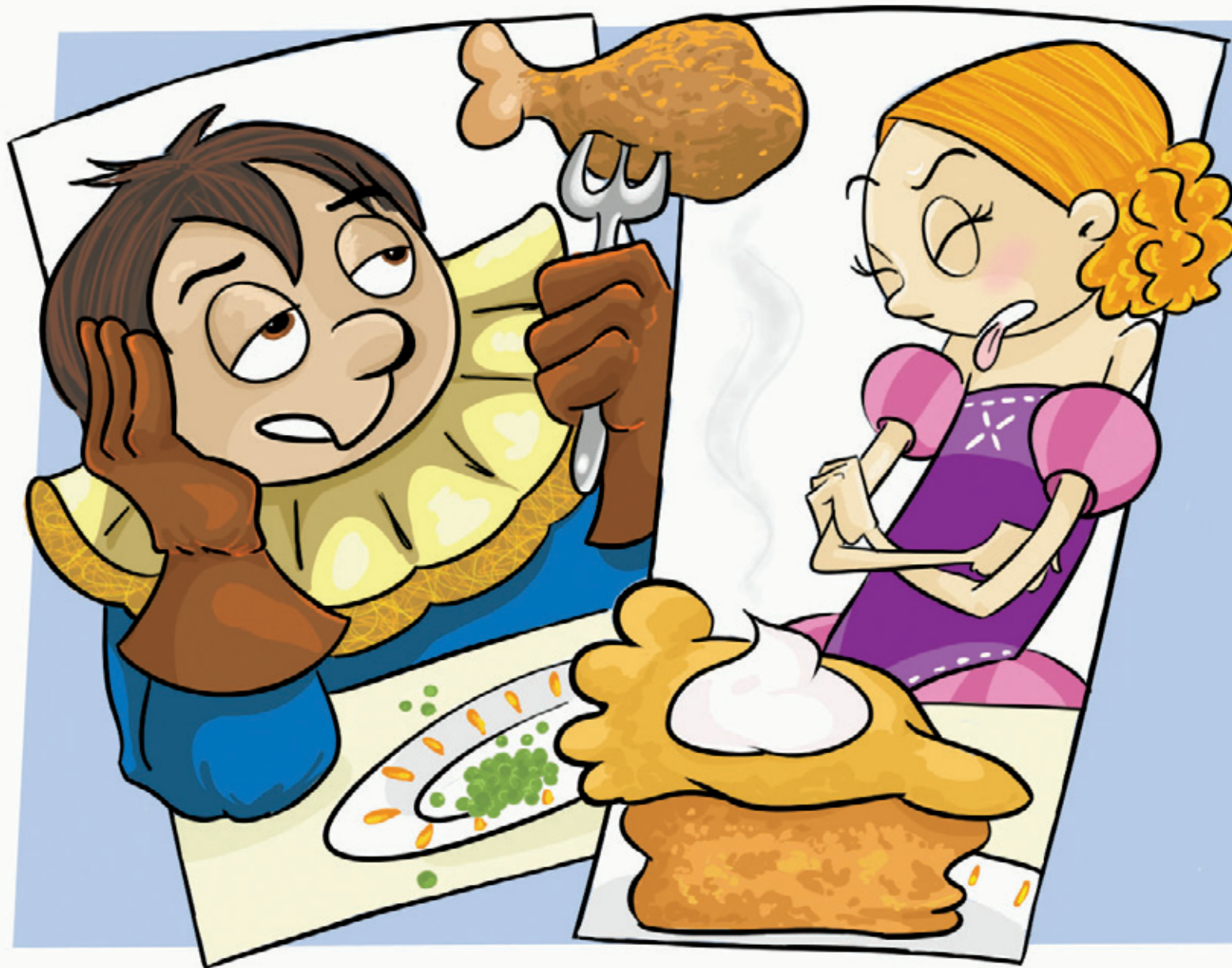


EL BANQUETE DEL REY

Érase una vez un rey muy cortés, amable y atento con los demás que se llamaba Joaquín. Tenía buenos modales en la mesa y siempre felicitaba a los cocineros por las deliciosas comidas que preparaban.

Pero en su castillo no todos eran tan bien educados. Algunos no se lavaban las manos antes de comer, y cuando se servía la torta se peleaban por la porción más grande. En vez de pedir que por favor les pasaran la sal o la pimienta, estiraban el brazo por encima del plato de otro y la agarraban. Casi todos se quejaban de la comida y la engullían sin dar las gracias a los cocineros ni a nadie.



—¿Otra vez pollo? ¿Por qué no nos sirven un filete?

—¿Pastel de postre? Yo quiero flan. Eso entristecía al rey Joaquín.

«¿Qué puedo hacer para que todos entiendan la importancia de tener buenos modales y ser agradecidos y considerados?», se dijo.

De golpe se le ocurrió una idea. Decidió celebrar un magnífico banquete. En las invitaciones pidió a los comensales que se vistieran elegantemente, que se lavaran las manos y la cara y que se peinaran bien antes de venir. Quería que fuera una cena por todo lo alto.

Llegado el día, el salón de banquetes se llenó de gente. Todos venían con mucho apetito.

—¿Dónde está el Rey? —preguntaron los cortesanos, malhumorados.

—Queremos empezar a comer —protestó alguien.



De repente apareció un hombrecillo sucio y andrajoso que se sentó en la silla real y empezó a comer con las manos. Masticaba con la boca abierta, sorbía la sopa, se chupaba los dedos y dejó la mesa hecha un asco. Uno de los guardias quiso retirarlo del salón, pero el intruso le mostró una invitación toda manchada. Los demás asistentes estaban indignados.



En ese momento sonaron unas trompetas: había llegado el Rey. El vulgar hombrecillo se llenó las manos de comida y salió presuroso.

Cuando todos se hubieron sentado, el Rey dijo:

—Siento haberlos hecho esperar. ¿Notaron a un hombre muy maleducado que se sentó en mi lugar?

—¡Sí! —exclamaron algunos—. ¡Qué desagradable! Tenía unos modales atroces.

—¡Y qué grosero! —comentaron otros—. En ningún momento dijo «por favor» o «gracias».

—He conocido a muchas personas con pésimos modales, pero él era de lo peorcito que hay —coincidió el Rey—. Por eso mismo lo invité.

—Pero ¿por qué? —preguntó uno.

—Para que vean lo feo que es comer de cualquier manera y entiendan la importancia de los buenos modales. Todos hemos cometido algunas de esas mismas faltas, pero espero que a partir de hoy nadie se porte así en nuestra mesa. Procuremos ser más educados —dijo el Rey con una sonrisa.

—¡Por supuesto! —respondieron los demás con entusiasmo—. Vamos a hacerlo mejor.

En aquella cena, los asistentes se esmeraron por comer con buenos modales, por pedir las cosas amablemente y por dar las gracias cada vez que alguien les servía o les pasaba una fuente. También tuvieron la gentileza de felicitar a los cocineros.

El banquete tuvo un éxito sensacional. A partir de aquel día, en el país del rey Joaquín las comidas fueron más agradables para todos.

Fin

